Capítulo 10: La Muralla de Hierro (Nosotros y los árabes)

Por: Vladimir Zeev Jabotinsky

(Publicado por primera vez en 1923, revisado en 1937)

Al contrario de todo lo bueno – comenzar un artículo con su asunto principal – me veo obligado de comenzar éste con una introducción personal. El autor de estas líneas es considerado un enemigo de los árabes, alguien que quiere expulsar a los árabes de Eretz Israel, etc. Esto no es verdad.

Mi relación emocional hacia los árabes es idéntica a mi relación hacia cualquier otro pueblo: indiferencia gentil.

Primero: La expulsión de los árabes de Eretz Israel la considero inaceptable, un país siempre estará habitado por dos pueblos.

Segundo: Me enorgullezco de haber formado parte del grupo que enunció el "Programa de Helsingfors", que exigía el reconocimiento de los derechos de autonomía de las minorías nacionales. Al confeccionar ese programa no sólo quisimos defender a los judíos, sino a todos los pueblos que en su condición de minoría habitan donde habitan. La base de ése programa la constituye el establecimiento de la absoluta igualdad de derechos.

Personalmente estoy dispuesto a firmar en el nombre nuestro y en el de nuestros descendientes que nunca habremos de contrariar esa igualdad de derechos, nunca habremos de hacer ningún intento de expulsar a nadie.

Como el lector lo puede comprobar, este "credo" es todo paz. Pero un aspecto muy distinto tiene la pregunta de si en verdad pueden las finalidades pacíficas ser siempre alcanzadas por medios pacíficos. La respuesta a esta interrogante, en nuestro caso, depende más de la relación de los árabes hacia nosotros, hacia el sionismo, que de nuestra relación hacia ellos.

Terminada la introducción podemos pasar ahora al asunto principal.

Sobre un acuerdo voluntario entre nosotros y los árabes de Eretz Israel ni siquiera se puede soñar, ni ahora, ni en el próximo futuro. Esta convicción mía la anuncio de una forma tan dura, no con intenciones de apenar al sector moderado del sionismo sino, por el contrario, a fin de que no deban afligirse en el futuro; porque todos, inclusive los sionistas moderados – fuera de los ciegos de nacimiento – han comprendido desde hace mucho ya, que no existen esperanzas, ni las más leves, de conseguir la aprobación de los árabes de Eretz Israel para transformar a "Palestina" en un país de mayoría judía.

Al lector que conoce lejanamente la historia de las colonizaciones en otros países, le invito a repasar sus conocimientos y señalar aunque sea un sólo ejemplo en donde la colonización se haya efectuado con el consentimiento de la población aborigen. Un ejemplo total, no existe.

Los aborígenes (da lo mismo que hayan sido civilizados o salvajes) siempre se han opuesto tenazmente a los nuevos colonizadores (también en este caso da lo mismo que se hayan comportado civilizada o salvajemente). La acción y el comportamiento de los colonizadores en nada influyen para determinar la relación del indígena hacia el "intruso".

Tal vez los españoles que conquistaron México y Perú o nuestros antepasados en la época de Josué se hayan portado como saqueadores, pero todos sabemos que los "padres errantes" ingleses, escoceses y holandeses, los pioneros de Norteamérica, eran gente con un nivel moral muy elevado, gente que no sólo no era capaz de matar a ningún indio de piel roja sino incapaz de hacerle daño a una mosca, gente que creía con toda sinceridad que en esos frondosos bosques y en esas inmensas estepas había lugar tanto para blancos como para pieles rojas. Sin embargo, el indio combatió con la misma crueldad contra el colonizador rudo como contra el sutil y delicado.

Un segundo problema, la existencia o la falta de sospechas por parte del nativo, de que el colonizador pretende expulsarlo de sus tierras, tampoco tuvo la menor influencia. Sobre el inmenso territorio de los Estados Unidos no vivían hace unos centenares de años más de 1 o 2 millones de indígenas.

Los nativos luchaban contra los colonizadores blancos no porque temían ser expulsados, sino por el simple hecho que el nativo en todo lugar y en cualquier tiempo se opone a cualquier intento de colonización extranjera.

Todo pueblo aborigen, culto o atrasado, ve en su país su "Hogar Nacional", en el que quiere permanecer para siempre y del cual quiere ser el único dueño. Un pueblo así nunca aceptará ni nuevos dueños ni socios en su propiedad.

Este principio se aplica también a los árabes. Los voceros de la paz que abundan entre nosotros, tratan de convencernos de que los árabes, o son tontos a quienes puede engañarse por medio de una moderada enunciación de nuestra meta, o una tribu de "interesados" dispuestos a renunciar a su primogenitura en Eretz Israel a cambio de ventajas culturales o económicas.

Yo me opongo a una apreciación así del carácter árabe. Es verdad, su nivel cultural es bajo, no poseen una fuerza de voluntad y resistencia como la nuestra, pero son tan buenos psicólogos de fina intuición como nosotros, pues también ellos fueron educados durante siglos en la polémica religiosa.

A los árabes podemos contarles acerca de nuestras explicaciones, lo que pensamos, pero ellos entienden tan bien como nosotros cuales no son de su agrado.

Los árabes sienten hacia Eretz Israel un amor instintivo y un celo nacional natural no menor que el que sentían los aztecas hacia México o los sioux hacia sus praderas.

La ilusión de que den su voluntaria aprobación a la realización del Sionismo a cambio de ventajas culturales y económicas que nosotros podríamos otorgarles es sólo producto de la imaginación de nuestros "filo-árabes", producto de cierto sentimiento de desprecio hacia el pueblo árabe.

Al parecer, a opinión de nuestros "filo-árabes", el pueblo árabe no es sino un populacho "interesado" dispuesto a vender su patriotismo a cambio de una amplia red de vías ferroviarias. Esta concepción no tiene de que sustentarse. Seguramente, se podrá sobornar a algunos individuos pero eso no quiere decir que la mayoría de los árabes de Eretz Israel estén dispuestos a vender ése celo patriótico al cual no renuncian ni los pueblos más primitivos.

Todo pueblo aborigen combate contra los colonizadores mientras le quede aún una leve esperanza de librarse del peligro representado por la colonización extraña.

Así se comportan y así se seguirán comportando los árabes de Eretz Israel mientras anide en su corazón la esperanza de poder evitar que su "Palestina" se transforme en Tierra de Israel.

A muchos sionistas les parece sumamente atractivo el siguiente plan: si no se puede conseguir la conformidad de los árabes de Eretz Israel para los planes sionistas, entonces, debe tratar de logrársela de los árabes de otros países, como ser: Siria, Irak, Arabia Saudita, o tal vez Egipto.

Aunque esto fuera posible, no cambiaría la situación en forma radical: dentro de Eretz Israel no se produciría ningún cambio del estado de ánimo árabe o de su relación hacia nosotros.

La unidad de Italia se logró en su época (hace más de 70 años) al precio de la entrega de Trieste y Terento en poder de Austria. Sin embargo, los habitantes italianos de esas dos ciudades no sólo no aceptaron ese arreglo sino que, por el contrario, renovaron con nuevos bríos su lucha contra Austria.

Aunque fuera posible (personalmente lo dudo mucho) convencer a los árabes de Bagdad y La Meca que Eretz Israel no significa para ellos sino una pequeña franja de su territorio sin importancia, seguirá siendo para los árabes de Eretz Israel su patria; el territorio donde se desarrolla su vida nacional independiente.

Por lo tanto, inclusive en este caso, deberíamos continuar nuestra empresa colonizadora sin la aprobación de los árabes de Eretz Israel, es decir, en las mismas condiciones en que se está desarrollando ahora.

Por otra parte, el acuerdo con los árabes de fuera de Eretz Israel no es sino una vana ilusión. Para que los árabes de Bagdad, La Meca y Damasco acepten pagar un precio tan elevado (la renuncia del carácter árabe del país que está ubicado en el centro de su futura "federación") deberíamos ofrecerle algo más importante a cambio, de por lo menos el mismo valor de lo que de ellos exigimos.

A los árabes se les podría ofrecer ayuda económica o política o ambas cosas juntas, pero nosotros no estamos en condiciones de ofrecer ni lo uno ni lo otro.

Tratándose de ayuda económica, es ridículo que esté en nuestras manos financiar el desenvolvimiento de Irak o de Arabia Saudita, cuando los medios que están a nuestro alcance no nos alcanzan ni para cubrir las necesidades de Eretz Israel.

Mucho más imaginaria aún es la idea de ayudar a los árabes en sus ambiciones políticas.

El nacionalismo árabe se ha propuesto las mismas metas a las que aspiraba el nacionalismo italiano antes de 1870 y el polaco antes de 1918: la unidad nacional y la independencia política.

El significado de estas aspiraciones significa: la liquidación de todo resto de influencia británica en Egipto e Irak, la expulsión de todos los italianos de Tripolitania, el alejamiento de Francia de Siria y posteriormente de Túnez, Marruecos y Argelia. Apoyar esta finalidad significa para nosotros el suicidio y la traición.

Aunque no tomemos en cuenta que fue Inglaterra la que firmó la Declaración Balfour, no podemos olvidar que tanto Francia como Italia han apoyado el mandato. Nosotros no podemos asociarnos a una camarilla política, cuya finalidad es alejar a Gran Bretaña del Canal de Suez y del Golfo Pérsico y la liquidación del gobierno colonial francés e italiano de todos los países de población árabe.

Es imposible jugar doble juego o considerarlo conveniente y de ahí la consecuencia: no entra en nuestras posibilidades ofrecer nada “en cambio”, ni a los árabes de Eretz Israel, ni a los que habitan fuera de Israel.

El acuerdo voluntario es imposible y sería mejor que todo aquel que considera como condición “sin ecua non” la aprobación árabe al programa sionista abandone nuestro campamento.

La colonización en Eretz Israel sólo puede desarrollarse bajo la protección de una fuerza independiente de la población aborigen, es decir, tras una “muralla de hierro” que los nativos no puedan derrumbar.

Este es el contenido de nuestra política ante el problema árabe; otro

contenido es imposible e irreal y se quiera reconocerlo o no, de esta manera se está llevando a cabo la colonización sionista de nuestro país.

¿Cuál es el valor de la Declaración Balfour?, ¿Qué utilidad tiene el mandato? Sino que una fuerza exterior ha tomado sobre sí el compromiso de crear en el país condiciones administrativas y de seguridad capaces de impedir a la población aborigen todo intento de molestar nuestro trabajo si es que hubieran de intentarlo.

Todos nosotros, sin excepción, exigimos constantemente de ésta fuerza exterior, que cumpla con la obligación al pie de la letra y con energía. En este sentido no existe diferencia alguna entre nuestros "militaristas" y nuestros "vegetarianos", la única diferencia es que los primeros quieren una "muralla de hierro" de bayonetas judías y los segundos bayonetas inglesas. Los partidarios del acuerdo con Bagdad están dispuestos a conformarse con bayonetas irakíes (¡Que gusto más raro y peligroso!); pero sin duda todos queremos la "muralla de hierro".

Al declamar acerca de "acuerdos" y al convencer a los representantes de la potencia mandataria que la "muralla de hierro" no es lo fundamental sino las deliberaciones sin fin, estamos causando daño a nuestros intereses con nuestras propias manos.

Esas declamaciones sólo pueden estorbarnos, por lo tanto no sólo considero un placer sino también un sagrado deber, demostrar lo ridículo e ilusorio de esas vanas metáforas y hacer notar su hipocresía.

Con eso no quiero decir que algún acuerdo con los árabes de Eretz Israel sea completamente imposible. Lo imposible es únicamente el acuerdo voluntario mientras anide en el corazón de los árabes aunque sólo fuera la más leve de las esperanzas de que podrán librarse de nosotros; no podrán las palabras más dulces ni las promesas más atractivas, hacerles desistir de su intento y eso porque los árabes no constituyen un populacho sino un pueblo sano y vivo.

Un pueblo vivo estará dispuesto a transigir en cuestiones tan decisivas sólo cuando ya no le quede ninguna esperanza de "librarse" del "intruso", y cuando en la "muralla" de hierro" se cierren todas las brechas, sólo entonces perderán su influencia los grupos extremistas con su lema: ¡No! ¡De ninguna

manera!, para dejar paso a los sectores más moderados. Recién entonces surgirán los modernos dirigentes dispuestos a llegar a acuerdos internos. Sólo entonces estarán los árabes dispuestos a discutir con nosotros los problemas prácticos como ser: garantía contra el desplazamiento de la población árabe, igualdad de derechos cívicos y nacionales, etc. Personalmente creo y confío en que en ese entonces habremos de darles suficientes garantías como para tranquilizarlos y para que ambos pueblos puedan vivir en pacífica y buena vecindad.

Pero el único camino que conduce a un acuerdo de esta índole es la "muralla de hierro", es decir, la existencia en Eretz Israel de una fuerza que no sea influida de ninguna manera por la presión árabe. En otras palabras, el único camino por el cual se podrá obtener un acuerdo en el futuro es dejando de lado todo intento de acuerdo en el presente.

Capítulo 11: La Ética de la Muralla de Hierro

Por: Vladimir Zeev Jabotinsky

(Publicado en 1933)

Primero: A aquellos que sostienen que el sistema de la "Muralla de Hierro" es inmoral, les respondo: ¡Mentira!

Una de dos, o el sionismo desde un punto de vista moral es un fenómeno positivo o es negativo. Pero este problema debíamos haberlo resuelto antes de ingresar a este movimiento y si lo hicimos es porque vimos su aspecto positivo, es decir, vimos en él un factor moral, tendiente a un ideal de justicia.

Y si el ideal es justo, debe la justicia triunfar, sin tomar en cuenta la aprobación o desaprobación por parte de elementos ajenos.

Si Iosef o Simón o Ajmad quieren impedir la victoria de la justicia, porque ésta no le resulta cómoda, es nuestro deber impedir que su oposición logre tener éxito. Y si intentan realizar su cometido haciendo uso de la fuerza, es necesario usar en su contra el poder ejecutor estatal y el derecho de defensa propia para impedir sus maquinaciones. Esta es la Ética de toda sociedad decente, otra moral no existe.

En la lucha contra el sionismo, se hecha mano a una serie de consignas populares: Democracia o el derecho de la mayoría; el derecho de "auto determinación" nacional, etc… ¿Cuál es aquí la intención oculta? Como los árabes constituyen una mayoría en Eretz Israel, les pertenece el derecho a "auto determinación" a ellos, o dicho de otra manera, poseen el derecho de transformar a Eretz Israel en un Estado Árabe.

"Democracia" y "Auto determinación" son dos valores sagrados pero justamente las cosas sagradas, como el nombre de Dios, no deben ser "usadas en vano" con intención de engañar o con finalidades impuras o injustas.

El principio de "auto determinación" no significa que si alguno se apoderó cierta vez de alguna parcela de tierra ha de transformarse por eso en su dueño; y el que fue expulsado de su tierra ha de constituirse en un errante para la eternidad.

Auto determinación significa: revisión, la revisión del reparto de la tierra entre dos pueblos para que aquellos que poseen demasiado entreguen a los que poseen poco y a los que carecen de tierra del todo; para que así puedan todos los pueblos, sin excepción, gozar del derecho a la auto determinación.

Después de que todo el mundo civilizado ha reconocido el derecho de los judíos a retornar a Eretz Israel, es decir, que todos los judíos son "habitantes" y "ciudadanos" en potencia de Eretz Israel de la cual fueron expulsados, aunque el

proceso de su retorno llevo mucho tiempo; no puede negarse que por el momento tiene la población aborigen el derecho a oponerse y llamar a esa oposición con el nombre de "Democracia".

La democracia en Eretz Israel debe tomar en cuenta dos grupos nacionales: los aborigenes y los expulsados por la fuerza; ésta última es la más numerosa.

Muchas veces ya he tomado como ejemplo de cómo se puede transformar algo sagrado en un engaño, en el siguiente cuento: Cierto hombre, era un demócrata tan entusiasta que cuando oía los acordes de la "Marsellesa" se cuadraba en posición de firme como un soldado en formación, quedándose así parado hasta el final, sin moverse. Hasta que cierto día, penetraron ladrones a su vivienda, comenzando uno de ellos a entonar la Marsellesa. Esta es una costumbre judía muy típica y muy poco inteligente. Cuadrarse cual un disciplinado soldado al oír cualquier "Marsellesa" sin averiguar antes si no hay aquí engaño, si el nombre del ejecutante no es Amán el malvado o si los instrumentos no están hechos con los huesos rotos de sus hermanos.

Esto es estupidez y no ética. La sociedad humana se basa en la reciprocidad, anuladla y la justicia se transforma en mentira.

Ese hombre que ahí anda paseándose por la calle tiene derecho a vivir sólo en la medida que reconoce mi derecho a vivir; pero si su intención es asesinarme, pierde automáticamente su derecho a la vida. Esta misma regla se aplica también a la relación entre los pueblos, pues de otra manera se transformaría el mundo en un ruedo de fieras salvajes donde sucumbirá no sólo el más débil, sino también el más bueno.

En el mundo debe reinar la garantía reciproca. Si de la vida se trata, todos tienen derecho a vivir y si de la muerte: entonces todos deben estar condenados al mismo destino.

Pero no debe haber lugar para una moral que sostenga que el goloso coma hasta hartarse y el que se conforma como poco debe morirse de hambre.

Supongamos ahora que, por un momento, que la razón esta de parte de aquellos que sostienen que el sistema de la Muralla de Hierro es inmoral. ¿Qué sucede entonces? El problema principal radica en que nosotros estamos colonizando un país contra la voluntad de su población aborigen. Esta es la raíz de la cual se derivan inevitablemente todos los demás "problemas morales".

¿Qué debemos hacer entonces? La solución más sencilla es la siguiente: Buscar otro territorio para nuestra colonización, por ejemplo: alguna Uganda. Pero con ellos no evitaremos el problema. También en Uganda vive una población aborigen (más de un millón de almas) y que de la misma manera que otros aborígenes sean blancos o negros o pieles rojas, protestarían instintiva o conscientemente contra el intento de transformar su suelo estatal en un país judío.

El que en este caso se trate de hombres de tez negra, en nada modifica la cuestión: si colonizar contra la voluntad de los aborígenes es un acto inmoral, lo es tanto para los blancos como para los negros.

Puede suponerse que los negros no hayan llegado todavía a un grado de desarrollo tal, como para enviar delegaciones de protesta a Londres; o que sean indefensos e inocentes como niños, lo que todavía agrava aún más el problema, porque si desde un punto de vista moral, colonizar contra la voluntad de la población nativa constituye un robo, ¿qué puede decirse entonces de quienes pretenden robar de los niños?

Es decir, que colonizar Uganda constituiría también un acto inmoral, así como sería inmoral colonizar cualquier territorio, se llamare como se llamare, pues en nuestros días no puede encontrarse ni siquiera una isla despoblada.

A cualquier país al que te dirijas, ya encontraras allí indígenas que allí habitan desde tiempos inmemorables y que no querrán permitir la entrada a una mayoría extraña o a cualquier afluencia de fuente desconocida..

De esto podemos deducir que si existe en el mundo algún pueblo carente de Patria, le queda prohibido hasta soñar con un Hogar Nacional porque ya este sueño constituye una afrenta a la "moral".

En nuestro caso esa "moral" adquiere un carácter muy especial. Según dicen, hay en el mundo de 15 a 16 millones de judíos, más de la mitad de los cuales vive una vida de perros perseguidos y sin hogar, sin exagerar.

El mundo de árabes asciende a más de 38 millones de almas, repartidas entre Marruecos, Argelia, Túnez, Libia, Cirenaica, Egipto, Siria, la Mesopotamia y toda la península arábiga, superficie (descontando los desiertos) equivalente a la de Europa toda. En este inmenso territorio habitan aproximadamente 16 árabes por milla cuadrada. Para comparar recordemos que en Sicilia habitan 352 personas por milla cuadrada y en Inglaterra 669.

Eretz Israel constituye la 170 parte de ese territorio y todavía hay quienes dicen que al exigir el pueblo carente de Patria a Eretz Israel está cometiendo un acto inmoral, porque a los árabes no les resulta ¡cómodo!

Una "moral" así sólo puede existir entre caníbales pero no en un mundo civilizado. El mundo no pertenece solamente a aquellos que poseen tierra en demasía, sino también a los que no poseen nada. Confiscar un trozo de territorio a un pueblo dueño de inmensidades, para entregárselo a un pueblo errante, constituye un acto de justicia. Y si el dueño de las inmensidades se niega (como natural, por otra parte) hay que forzarlo a aceptar.

Una sagrada verdad, para cuya materialización es necesario hacer uso de la fuerza no deja por eso de ser sagrada ni de ser verdad. Sobre esta premisa se basa nuestra actual posición ante el "problema árabe"; sobre acuerdos hablaremos entonces, cuando ellos estén sinceramente dispuestos a llevarlos a la practica.